

nes, ya que, a pesar de haber sufrido la ruptura del esfuerzo de tantos años, a edad muy avanzada inició una segunda etapa y volvió a luchar con ánimo y fortaleza, consiguiendo que su labor en México fuera tan fructífera como en España, dejando un profundo surco en el Colegio de Geografía, en el que señaló a sus alumnos el camino para enriquecerse, moral e intelectualmente, con su presencia.

La maestra Rosario Castellanos

Aurora M. Ocampo

Revelación

Lo supe de repente
hay otro
y desde entonces duermo
solo a medias
y ya casi no como.

No es posible vivir
con este rostro
que es el mío verdadero
y que aún no conozco.

Rosario Castellanos, *Lívida luz*, 1960

Rosario Castellanos, como todos los seres humanos, tuvo muchas facetas. Una fue la poeta, muy buena de cierto; otra, la narradora; una más la ensayista, interesada muy especialmente en nuestra literatura, y al hablar de “nuestra” me refiero a la iberoamericana. Y es esta faceta de la que se desprende la de Rosario maestra, la que ahora más me interesa recordar, así como su paso por nuestra Facultad.

Hace unos años, en una charla a raíz de su deceso, algunos de sus ex alumnos comentábamos que quien no había tenido a Rosario como maestra, no la había conocido realmente. ¿Por qué? Porque tal vez, en esos momentos, frente a sus alumnos, dando su clase, era como Rosario se expresaba mejor. Se daba toda entera, lo que hacía que esperáramos siempre con gran ilusión el día y la hora en que nos tocaba alguna de sus cátedras. Cada experiencia por la que pasaba en su diario vivir la sabía convertir en enseñanza. Para ella, el análisis de cada libro que leía, especialmente de narrativa contemporánea, era una expe-



Rosario Castellanos e Ignacio Chávez.

riencia vital; experiencia que sabía transmitir a sus alumnos, involucrándose e involucrándonos con lo expresado en el texto, aprovechando además los retos con que nos enfrenta día con día la vida para profundizar aún más en la comprensión de la obra tratada. A ella le debemos haber amado y aprendido a analizar la narrativa contemporánea, especialmente la de nuestra América. Nos enseñó a leer, a ver realmente tras las líneas escritas lo que quería decirnos el texto. Nunca se quedó en la superficie, en ella se cumplió con creces lo que algunos afirman de la literatura: que es un arte que nos permite conocernos mejor y ser más comprensivos y tolerantes con los demás. La literatura estaba viva en Rosario. En alguna ocasión comentó que sólo había vivido lo redactado; las letras le representaron la posibilidad de transformar el mundo y, sin duda, transformó con sus lecciones a sus alumnos. En mi caso, una fui antes de seguirla durante varios años en sus cursos sobre la Novela hispanoamericana contemporánea (me llegó a decir su alumna de tiempo completo), y otra después que se fue como embajadora a Israel, heredándome sus clases. Sus últimos años de maestra —en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM— fueron tal vez los mejores; su obra había sido ya reconocida internacionalmente y gozaba de una hermosa madurez, comprometida por completo con el tiempo que estaba viviendo. Sus libros y artículos en publicaciones periódicas, su cátedra y su actuación como mujer tendieron siempre, con un gran humor, a liquidar aquellas estructuras humanas que, por injustas, deberían desaparecer.

No obstante haber sido una solitaria, Rosario fue en sus clases todo lo contrario: solícita, interesada, amena, chispeante, servicial y de gran solidaridad con sus alumnos. Hacer y enseñar literatura fue para ella una forma de ubicarse en la realidad, de entablar relación con los seres humanos en un espléndido intento de comprensión mutua, la cual logró a cabalidad dentro del magisterio. Supo enseñarnos, especialmente a nosotros, sus alumnos, que sólo abriéndonos a lo más esencial dentro de nosotros mismos alcanzaríamos la libertad y lograríamos la plenitud. ¿Qué otra cosa mejor puede enseñar un maestro?

Antonio Castro Leal

Margarita Palacios Sierra

Antonio Castro Leal nació en la ciudad de San Luis Potosí el 2 de marzo de 1896 y murió en Coyoacán el 7 de enero de 1981, después de haber fomentado los nuevos rumbos de la cultura de nuestro país. En 1907 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en la que adquirió el conocimiento humanístico que lo acompañaría toda su vida. Formó parte del grupo de los “siete sabios”, los estudiantes que fundaron la “Sociedad de Conferencias y Conciertos” creada por Vicente Lombardo Toledano en 1916. Ellos continuarían la acción renovadora del Ateneo de la Juventud. En 1912, aún adolescente, asistía a los cursos de la Facultad de Humanidades que fundó Ezequiel Chávez, y en 1914 se había iniciado ya como crítico literario al publicar una antología titulada *Las cien mejores poesías (líricas) mexicanas* en la que colaboró con Henríquez Ureña, cuya influencia fue decisiva.

Antonio Castro Leal obtuvo los grados de licenciado y doctor en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, y doctor en Filosofía por la Universidad de Georgetown en Washington. Durante largo tiempo se dedicó a la docencia como actividad principal. Comenzó impartiendo literatura en la Escuela de Altos Estudios, en la Escuela Nacional Preparatoria y después en la Facultad de Filosofía y Letras.

En 1929 fue nombrado rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. A pesar del corto periodo de su rectoría, Castro Leal dejó una huella profunda de su paso, pues promovió un nuevo Plan de estudios para la Escuela Nacional Preparatoria y fundó la Escuela Nacional de Economía.